



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Nuestro transformación por la fe

Exposición del Mensajero del Eterno

LA fe es un don de Dios que puede aumentar en el corazón del que la recibe hasta la completa salvación. "Por gracia sois salvos por la fe; esto no debido a vosotros: es don de Dios." Efesios 2: 8. Todas las cosas tienen su principio en la fe. Cuando un obrero emprende un trabajo, tiene la fe de que lo acabará, y ve ya en pensamiento la obra terminada.

La maravillosa dádiva de la fe es ofrecida por el Eterno a los seres humanos, pero no todos son propicios a tener la fe en las promesas divinas. Si los humanos fueran felices con lo que el adversario les da, no buscarían más lejos, no tendrían el deseo de algo mejor, ni irían en pos del don de Dios; pero el adversario no es capaz de hacerlos felices porque, con la muerte, se acaba todo lo que él les concede.

Bajo el dictamen del adversario, los seres humanos viven en la ilegalidad, y el resultado de su vida es la condenación, los dolores y las decepciones; así poco a poco se dan cuenta de la vanidad de lo que el diablo les ofrece.

Sin los sufrimientos y los desencantos que experimentan los hombres con la ruina de sus esperanzas; ellos se creerían felices y no buscarían otra cosa, pero cuando los sufrimientos físicos y morales los oprimen y los hacen sufrir cruelmente, buscan ayuda y tienen sed algo mejor. Entonces son sensibles a la voz de Dios y el momento es propicio para anunciarles la salvación; si son atentos al mensaje divino, pueden comprender un poco su belleza y agradecer profundamente este mensaje.

Entonces penetra en ellos la fe como un embrión, es el don de Dios depositado en su corazón para que lleve fruto. Las dádivas de Dios son ofrecidas libremente, son una amable invitación, como lo mostró nuestro querido Salvador: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y os haré descansar."

Se comprende todo el esplendor de la oferta hecha cuando se aprecia. David se repitió para sí: "Alaba, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios." El adversario trata con sus sugerencias de influirnos para que nuestra fe se marchite y perezca. Tenemos el ejemplo de todo lo que puso el diablo en obra para influenciar a los discípulos y quitarles la fe cuando estaban con su Maestro.

En las pruebas que se les presentaron, no se condujeron siempre bien con su Maestro, no lo estimaron como debían; sin embargo, un poco más tarde, cuando el Señor Jesús fue honrado por la muchedumbre, se entusiasmaron y se regocijaron, porque en su corazón egoísta contaban ya con el honor que recaería sobre ellos. Era la causa principal de su entusiasmo, porque eran aún interesados.

Actualmente también, en la familia de la fe,

el objetivo considerado no es en primer término el ideal propuesto por el Señor, sino más bien el pensamiento egoísta de la ventaja entrevista. Era siempre el egoísmo que guiaba a Pedro cuando respondió: "¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna." Es lo que él respondió cuando el Señor se dirigió a los discípulos, preguntándoles: "¿Queréis acaso irnos también vosotros?"

Lo que impulsaba a los discípulos a seguir a el Maestro, no era el pensamiento del ideal que el Señor les había mostrado diciendo que él daba su vida, y que para ser su discípulo había que renunciar a sí mismo. Este pensamiento no los entusiasmaba hasta el punto de estar decididos a vivir y a morir por amor al ideal. La respuesta de Pedro podría traducirse así: "Queremos permanecer, Señor, porque posees ventajas que no encontraríamos en otra parte; contigo obtendremos lo mejor del mundo y saciaremos nuestras almas."

No era, pues, la obra del Señor lo que más les interesaba, sino las ventajas que veían de estar con el Maestro. Eran sentimientos de un corazón aún muy egoísta, y en el cual la fe asomaba muy poco. Sólo empezaban a andar por fe, y el egoísmo los guiaba aún. Son estos hábitos que el discípulo debe combatir, porque mientras tenemos egoísmo, el adversario puede sugestionarnos y hacernos obrar a su antojo. Por eso, todos los discípulos huyeron cuando el Señor se dejó prender.

Nadie habría podido detener al Señor Jesús, si él no se hubiera entregado voluntariamente. Así es con todos los hijos de Dios, ni un cabello puede caer de sus cabezas sin la voluntad de su Padre que está en los cielos, pero esto requiere de ellos tener una fe activa.

Si estamos bajo la acción de la fe, cuando el adversario quiere sugestionarnos con el temor, a causa de un peligro posible, la fe obra inmediatamente por el espíritu de Dios y estimula nuestra nueva conciencia. Entonces, al pensar que el Señor vela fielmente sobre su oveja, el temor se disipa; es obra de la fe, y recobramos la tranquilidad y la serenidad.

Nuestra nueva conciencia debe hacerse muy sensible a las impresiones del espíritu de Dios que nos invita a la confianza en el Señor. Si no obra la fe en nuestra alma, es la conciencia diabólica que habla; nos muestra un enorme peligro, y nos dice que tomemos precauciones. Si estamos enfermos, la mala conciencia nos dice que nuestro caso es muy grave, y que es preciso llamar al médico.

Somos libres de dejarnos influenciar por la buena o por la mala conciencia, por el Eterno o por el adversario. Si queremos dejarnos guiar por la conciencia divina, hay que andar por fe,

dejando obrar al espíritu de Dios, que hace una obra vital en nuestro corazón y nos permite adquirir nuevos hábitos que son para nosotros una inmensa protección. Entonces el adversario puede intentar lo que quiera, permanecemos del todo tranquilos.

La certidumbre que el Señor nos da por su espíritu despeja todas las nubes que el adversario procura acumular en nuestro cerebro. Así podemos triunfar en todas nuestras empresas, incluso en las más difíciles, puesto que obramos para la gloria del Eterno. Pero hay que tener la fe, porque sin ella no logramos relacionarnos con el Eterno, por falta de legalidad. Cuando la legalidad falta aún, la fe la compensa y nos permite entrever de antemano el éxito. Es la fe, obrando por el espíritu de Dios, que nos procura la paz y la tranquilidad.

El espíritu de Dios pone todo en movimiento. La circulación de los planetas en el espacio representa un movimiento de una precisión absoluta. Es maravilloso pensar que el Eterno estableció todas las cosas tan perfectamente. La circulación de los cometas sobre todo en el universo es una maravilla de gloria de este movimiento colosal. Los cometas circulan de un sistema solar a otro, sin que se produzca colisión ni alteración alguna.

Los hombres observan estas magnificencias, constatan la regularidad de este movimiento gigantesco, logran calcular que según el orden establecido, tal o cual cometa aparecerá dentro de cien años, y la cosa sucede automáticamente a la fecha señalada. Es una inmensa y maravillosa maquinaria de precisión.

Es el solo poder del espíritu de Dios que mueve todos los mundos en el espacio. Comprendemos muy bien que un hombre podría ser fácilmente transportado por este mismo espíritu, y sin peligro alguno, en un abrir y cerrar de ojos, de un lado al otro del planeta, tan suavemente que ni siquiera se daría cuenta de su inmenso viaje.

Es algo maravilloso. Cuando pensamos en la omnipotencia que emana del Eterno, no nos cuesta persuadirnos de que cuando El nos protege, no cabe tener temor. Las Escrituras hablan de hombres de Dios que se pusieron bajo la protección del Eterno y que pudieron decir como David: "Cuando el Eterno está conmigo, no temo mal alguno."

Si el Eterno está con nosotros, no hay nada que temer, ni la desgracia, porque hay el Señor para protegernos y hacer concurrir todo para nuestro mayor bien. "Caigan mil a nuestra diestra, y diez mil a nuestra siniestra, no llega a nosotros". Si la enfermedad nos circunda, no tenemos nada que temer, porque el Eterno es nuestro escudo y amparo por su espíritu.

Nuestro querido Salvador poseía la plenitud, del espíritu de Dios, y por eso incluso los leprosos fueron sanados en su contacto. Es siempre esta misma fuerza que está a nuestra disposición; pero, para que opere con la misma fuerza, hay que realizar la misma fe y la misma fidelidad que nuestro querido Salvador. Son las condiciones, y así se manifiesta la restauración de todas las cosas.

Ahora hemos llegado al tiempo en que ha de efectuarse esta restauración, y podemos realizarla por medio de la fe y de la fidelidad. Por la fe podemos realizar cosas inefables y gloriosas. Las enseñanzas que nos son traídas hoy son preciosos estímulos para fortalecer nuestra fe y ayudamos a realizar el programa divino, pero es menester que seamos capaces de recibir el mensaje del Señor.

Las enseñanzas del Señor en la parábola del sembrador son siempre de actualidad: "Un sembrador salió a sembrar". El sembrador es nuestro querido Salvador. Parte de la semilla cae junto al camino, alguna cae entre pedregales, otra parte cae entre espinos, y finalmente otra cae en buena tierra. Podemos hacernos ahora la pregunta: ¿Cuál es el terreno que yo represento? ¿Estoy yo al borde del camino a causa de mi falta de atención que me hace insensible a las impresiones divinas?

El adversario es siempre activo para distraernos por toda clase de pensamientos; él nos distrae incluso a veces con algunos muy buenos, para que no podamos discernir su estratagema. Todo esto nos impide dejarnos impresionar con la bendición traída por el mensaje, y esto es lo que el adversario desea.

Debemos, pues, registrar en nuestro cerebro nuevos hábitos para adquirir la legalidad. Estos consisten en ejercitarnos en amar a nuestros hermanos, en llevarlos en nuestro corazón, en pensar primero en el prójimo, esforzándonos en hacer todo lo que sea para su bendición, dejando a un lado lo que es ilegal. Así, con nuestros pensamientos en el maravilloso Reino, seremos más capaces de recibir las impresiones divinas, lo que es esencial para el desarrollo de nuestra nueva conciencia.

Generalmente, los hombres tienen, una sola conciencia, la diabólica, llena de todas las ilegalidades cometidas durante su vida. El amor y la justicia de esta conciencia son diabólicos, como lo vemos fácilmente con lo que sucede en la tierra. Necesitamos una nueva sensibilidad que nos permita vibrar con el mensaje del Eterno. El espíritu de Dios debe hacernos tan sensibles a su influencia que nada pueda distraernos del mensaje traído. Si nos dejamos distraer, es porque el adversario tiene aún mucho que decir en nosotros.

Procuraremos, pues, alcanzar la fe de nuestro querido Salvador para poder deshabituarnos de todo lo que es ilegal. La fe, como lo hemos mostrado, es un don de Dios que debe dar un fruto. La fe no debe permanecer en estado de don, porque esta dádiva puede perderse, mientras que el fruto permanece, habiendo madurado en el corazón con la práctica de la fe, el fruto no puede perderse, a menos que lo destruyamos tomando otra dirección, pues sólo así el fruto puede perderse.

El programa divino es maravilloso, y somos libres de realizarlo, o de descuidarlo. Todo es libre, como lo hemos repetido a menudo. El Señor no quiere educarnos como esclavos, sino como hijos. Los hijos son libres, y a pesar de esta plena libertad, deben ser fieles hasta la muerte. Somos espectáculo para los hombres,

para los ángeles santos, y para los ángeles caídos. Por la fe podemos darles un testimonio de fidelidad y de amor verdadero.

Andando por fe, comprendemos cada vez mejor que el Eterno anda también por fe, porque nunca pide algo a sus hijos que El no haya realizado antes. El Eterno anda por fe, nunca manda, sino que deja siempre las cosas a la libre apreciación de sus hijos.

El no ordenó a su Hijo que viniera a la tierra, ni le dijo: "Tú eres el más capaz, y debes dar tu vida". El lanzó el llamado en estos términos: "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" Nadie se presentó. Entonces el Hijo de Dios, que no quería dejar pendiente una petición de su Padre, se presentó diciendo: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, tu ley está en mi corazón".

Nuestro querido Salvador anduvo por fe. En ciertas denominaciones religiosas elogian el carácter inefable de Jesús, alaban su bondad, su admirable fidelidad y su amor inalterable, pero no van más lejos, no procuran adquirir sus sentimientos, ni siquiera lo piensan.

Sin embargo, si nos acercamos a las instrucciones divinas, es para vivir el programa y adquirir un carácter a la semejanza del Hijo de Dios. Pero las denominaciones religiosas, al no hacer ningún esfuerzo en este sentido, no piensan que sea posible tal resultado. Ellas se dan cuenta de que no están en el verdadero camino, pero como no tienen realmente hambre y sed de justicia, objetan la misericordia divina para cubrir su hipocresía.

En efecto, la misericordia del Señor obra a nuestro favor, pero es para darnos la oportunidad y la posibilidad de realizar el carácter de nuestro querido Salvador, pasando por diversas pruebas que nos ayudan a poner aun lado nuestra antigua mentalidad.

Tenemos el ejemplo de José que tuvo que pasar por toda clase de situaciones y atravesar duras pruebas, en las cuales permaneció fiel. Este paciente aguante y esta fidelidad en la prueba le permitieron adquirir un sublime carácter, y pudo ser puesto como una inmensa bendición, no sólo para su familia, sino para toda la tierra de Egipto.

En cuanto a nosotros, si queremos alcanzar el resultado, son necesarias las pruebas, que son los peldaños que nos permiten obtener el cambio de nuestro carácter. Este es nuestro objetivo y no debemos perderlo nunca de vista, dar todo a su favor. El Señor dijo: "El que ama a padre o madre, mujer o hijos más que a mí, no es digno de mí".

Se, trata, pues, de saber lo que queremos hacer. El Señor no nos quita todas las piedras del camino, para que tengamos la oportunidad de aprender a andar sin valernos de los pies de los demás. Es menester que adquiramos nuevos hábitos, que seamos amables y buenos con nuestro prójimo, no haciéndole nunca el mal, sino sólo el bien.

Estemos siempre conscientes de que si no somos vigilantes, las aves del cielo que están siempre al acecho, pueden quitarnos la semilla que acabamos de recibir.

Las reuniones son un tesoro inestimable, pues en ellas el Señor habla por su espíritu. Los que están atentos a la voz del Eterno sienten el estímulo y el refrigerio del mensaje divino. Si la semilla recibida puede prosperar con los esfuerzos hechos para que fructifique, es conjurado el peligro, la semilla es salva, las aves del cielo no pueden quitarla, ni los espinos ahogarla. Son los esfuerzos que hacemos al

practicar las instrucciones, que nos permiten conservar la semilla y hacerla fructificar por la gracia divina.

Muchos hermanos y hermanas se regocijan en el momento en que el mensaje es dado en la asamblea, pero pronto se dejan arrebatar la semilla. Entonces su alegría es de corta duración, las benditas impresiones se disipan, no conservan la semilla y no puede haber fruto. Sin embargo, antes habían sido regocijados, consolados, confortados e incluso entusiasmados; habían tomado la resolución de progresar, pero las distracciones los han desviado.

El adversario presenta cosas en nuestro camino para que nos olvidemos de lo que hemos oído y de las resoluciones tomadas. Si no velamos ni miramos a la meta, nos dejamos coger por las astucias del diablo. Poco a poco nos quita la semilla, un grano tras otro, hasta que no nos quede nada. No debe ser así.

Debemos poner en práctica las instrucciones a medida que las recibimos. Así pasaremos de la fe a la realidad. Cuando tenemos un buen pensamiento, realicémoslo sin tardar, antes que el adversario venga a influenciar para no hacer el bien deseado. Cuanto más practicamos el bien, más nos habituamos a él y más facilidad tenemos en hacerlo. Así nos afirmamos en la fe hasta ser incommovibles.

El Señor nos ha dado todo lo necesario para realizar el programa divino. Con su ejemplo él nos ha instruido y también con el de nuestros antecesores. El nos ha sacado de las tinieblas a su maravillosa luz. Queremos, pues, tomar a pecho las instrucciones que el Señor nos da por su espíritu, para adquirir una mentalidad de hijo asociado a la obra de su Padre para la liberación de la humanidad.

Por la fe, podemos conseguir la victoria, como el apóstol Juan lo declara: "La victoria que triunfa en el mundo es vuestra fe". A menudo hemos oído estas palabras en las denominaciones religiosas, pero no las hemos visto puestas en acción; han seguido siendo una teoría. El que conoce la teoría y no la pone en práctica es un hipócrita. Es nuestro caso también, si no tomamos a pecho las instrucciones divinas para realizar el cambio de nuestros hábitos y de nuestro carácter.

Es de veras urgente que salgamos de nuestra situación. Por la gracia divina podemos cambiar totalmente de carácter, purificados como el cristal por la prueba. Como lo hemos dicho, la fe es un don de Dios, por eso no queremos gloriarnos de nosotros mismos, sino alabar a Aquel de quien viene el don y que nos ha dado un modelo maravilloso, nuestro querido Salvador, que ha sido fiel hasta la muerte.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Somos conscientes de lo que es la fe verdadera?
2. ¿Demuestran una fe divina todas las obras que practicamos?
3. ¿Somos todavía atormentados por el temor y por las dudas?
4. ¿Somos conscientes de que la fe representa la chispa de vida?
5. ¿Que hacemos para desarrollar la fe hasta que aparezca como la luz del mundo?
6. ¿Se manifiesta la fe, en nosotros con la dulzura, el amor y la humildad?